

Algunas de estas reflexiones hice á mi madre, hasta que la desentusiasmé de su capricho, y me ofreció que nos quitaríamos el luto para el día de San Pedro, que era cuanto yo deseaba, para quitarme tambien la máscara de la virtud que habia fingido, y correr á rienda suelta por toda la carrera de los vicios, disfrutando de mi libertad enteramente, y tirando con mis amigos los pocos medicillos que mi padre habia economizado para la subsistencia de mi pobre madre.

Segun esta determinacion, se me hizo un vestido de petimetre para ese dia, y se dispuso su almuerzo, comida, y bailecito para esa noche.

Llegó el tan deseado para mí dia 29 de Junio: me quité los trapos negros que hasta entónces habian sido escolares, y me planté de gala á lo secular. Parece que con campana llamaron á todos los parientes y conocidos ese dia: muchos que no habian vuelto á casa desde el entierro de mi padre, y otros que ni aun el pésame habian ido á dar á mi madre, se encajaron entónces con la mayor confianza y poca vergüenza.

Ya se deja entender que en primer lugar fueron mis íntimos amigos Januario, Pelayo, y otros como ellos, que tambien llevaron al baile á sus madamas tituladas que lo eran tambien mias. En una palabra, el olor del guajolote y del pulque de piña acarreó ese dia à mi casa una porcion de amigos mios, parientes y conocidos de mi madre, que fueron á cumplimentarme. Dios se los pague.

Se lamieron el almuerzo, consumieron la comida, y á su tiempo alegraron el baile grandemente; porque cantaron, bailaron, retozaron, se embriagaron, ensuciaron toda la casa, y al fin, al fin, salieron unos murmurando el almuerzo, otros la comida, otros el baile, y todos alguna cosa de lo mismo que habian disfrutado.

¡Qué necedad es tener una diversion pública! Se gasta el dinero, se sufren mil incomodidades, se pierden algunas cosas, y siempre se queda mal con los amigos á quienes se pretende obsequiar; y se recibe en murmuracion y habladurias, lo que se pretende recibir en agradecimiento.

Sin embargo de todo esto, como entonces yo no pensaba así, nada me daba cuidado, ni nada pensé sino en divertirme y holgarme á costa del dinero; aunque es verdad que en aquella hora me adularon bastante, especialmente las coquetas; con cuyos elogios dí por bien empleado el dinero que se gastó, y las incomodidades que sufrió mi madre.

CAPITULO XIV.

Critica Periquillo los bailes, y hace una larga y útil digresion hablando de la mala educacion que dan muchos padres á sus hijos, y de los malos hijos que apesadumbran á sus padres.



CANSADOS de bailar y de beber, se acabó el baile como todos se acaban. A las doce poco mas de la noche se fueron yendo los mas prudentes, ó los menos tontos que no trataban de desvelarse. Los demas que se quedaron, fuérase porque estrañaban el bullicio de los que se habian ido, ó porque se habian cansado ya, apenas se levantaban á bailar. Las velas estaban muy bajas y pidiendo su relevo, y los músicos (que no descuidan en empinar la copa en tales ocasiones) ya no atinaban á tocar bien el són que les pedian; y aun habia alguno de ellos que rasaba su bandolon abajo de la puente.

Januario, como tan diestro en estas escuelas, me dijo: hombre, ¡que entristecida se ha dado el baile y tan temprano! ¿Y qué hemos de hacer? Le dije yo. ¿Como qué? Alegrarlo, me respondió. Y con qué se alegra? Le pregunté. Con una friolera. ¿Hay aguardiente? Sí, le dije. ¿Y azúcar y limones? Tambien. Pues manda que lo pongan todo en la recámara. Hice lo que me dijo Januario, quien en un momento hizo una mezclá de aguardiente, azúcar y limon, que llaman ponche: mandó poner nuevas luces en las pantallas, y comenzó

á dar á los músicos y á los asistentes, de aquel brebaje condenado, á pasto y sin medida; con cuya diligencia se puso aquello de los demonios.

Al principio bailaban con algun orden, y sabian algunos lo que tocaban y otros lo que saltaban; pero en cuanto el aguardiente endulzado comenzó á hacer su operacion, se acabaron de trastornar las cabezas, se hizo á un lado tal cual respetillo y moderacion que habia habido, las mujeres escondieron la vergüenza, y los hombres el miramiento.

Entró segunda y tercera tanda de ponche, y ya no habia gente con gente, porque ya aquello no era baile, sino retozo y escándalo criminal.

Los que hacen bailes, y mas si son de la clase de éste [que pocos hay que no lo sean], son unos alcahuetes y solapadores de mil indecencias escandalosas. Tal vez no lo presumirán, no lo querrán y aun se disgustarán con ellas: pero todo esto no salva el que sean los consentidores y los motores principales de estas lúbricas desenvolturas; pues en buena filosofía se sabe que *lo que es causa de la causa es causa de lo causado*; y así los que hacen un baile deben tener consideracion de muchas cosas para evitar estos desenfrenos escandalosos; porque si no, pasarán la plaza de alcahuetes declarados á los ojos del mundo, y á los de Dios serán reos de cuantos pecados se cometan en sus casas.

Las principales consideraciones que debe tener presentes el que hace un baile, me parece que se pueden reducir á las siguientes:

1.^o Que las mujeres concurrentes sean honestas, de buena vida, y nunca solteras ó mujeres libres, sino hijas de familia ó casadas, y que vayan con sus padres ó maridos, para que el respeto de éstos las contenga y contenga á los jóvenes libertinos.

2.^o Que con conocimiento, jamas se convide á ninguno de éstos por esquisita que sea su habilidad; pues menos malo será que se baile mal; que no que se seduzca bien. Ordinariamente estos mozos

bailadores, ó como les dicen, *útiles*, son unos pícaros de buen tamaño: no llevan á un baile mas que dos obejetos: divertirse y *chonguear* (es su voz). Este *chongueo* no es mas que sus seducciones ó llanezas. Si pueden, pervierten á la doncella y hacen prevaricar á la casada, y todo esto sin amor, sino por un mero vicio ó pasatiempo.

Algunas ocasiones (¡ojalá no fueran tantas!) logran sus intentos, y apenas satisfacen su lujuria, cuando abandonan por nuevo objeto á aquellas infelices locas que prostituyeron su honor y su virtud á la verbosidad y arterias de un mozo inmoral, lascivo, necio y solo buen bailarín.

Pero aun cuando encuentran con pedernal, quiero decir, cuando por fortuna las muchachas todas de un baile son juiciosas, honestas y recatadas, que saben burlar sus intenciones y conservar su honor ileso en medio de las llamas, como la zarza que vió arder Moises sin quemarse, lo que ciertamente es un milagro, aun en este caso tan remoto hacen estos *útiles* su negocio.

Ellos, á más no poder, y cuando se les cierran los oidos de las jóvenes, no se dan por vencidos ni se entristecen. Como sus adulaciones y diligencias en cualquier seduccion no son por amor sino por vicio, no se les da cuidado de los desaires, ni se entibian por no muy serenos, contentándose con lo que ellos llaman *caldo*.

Este *caldo*. . . alerta, casados y padres de familia que sabeis lo que es el honor y lo quereis conservar como es debido: este *caldo* es el manoseo que tienen con vuestras hijas y mujeres (1); las licencias pasan mil veces de las manos á las bocas, convirtiéndose los manoseos claros en ósculos furtivos, que las menos escrupulosas no llevan á mal, y las que se llaman prudentes y honradas disimulan y sufren por evitar pependencias.

(1) Esto se facilita mas en la contradanza y *walses*, que no son otra cosa que lo que ántes se llamaba *aiemanda*. La diferencia está en que aquella se bailaba despacio, y ésta retozando de prisa, y entre la mucha polvareda se esconden ó disimulan mejor las palabras, las citas, los pellizcos, los abrazos, los besos, y algo peor que callo por no ofender la modestia.

De suerte, que el marido ó padre pundonoroso que en su casa se espantaria de que su mujer ó hija le diese la mano á un hombre, en un baile de estos tolera á su vista que se las abracen, tienten, estrujen y manoseen mas que las ancas de un caballo gordo.

Lo peor es, que estos manoseos y tentadas acompañadas de las risas y dichitos que se acostumbran, son para muchas mujeres como el pecado venial para las almas, con la diferencia que el pecado venial *entibia* y dispone á las almas para el pecado mortal, y los manoseos ó *caldos* de que hablamos, *encienden* y disponen á algunas jóvenes para dar al traste con su honor, el de sus padres y maridos. Ningun escrúpulo está por demás para evitar estos excesos.

La tercera consideracion que podian tener los que hacen ó dan un baile, era que no hubiera en ellos licor aspirituoso. En caso de ser preciso, por costumbre ó cariño, obsequiar á los concurrentes, seria ménos malo hacerlo con zoletas y nieve de leche, limon, tamarindo, etc. de esta clase, que no con *merendatas* y vino, aguardiente, ponche y otros licores semejantes, que ofuscando el cerebro facilitan el trastorno de la razon, y alteran la constitucion física de ambos sexos, cuyas resultas, cuando ménos, no escapan de ser deseos, pensamientos consentidos, y delactaciones amorosas, y en tal y tal persona algo más, y más pecaminoso.

Mucho de esto se evitaria con la reglita que os dejo señalada: pues es cierto el dicho antiguo de que *sine Cerere et Baccho friget Venus*: que equivale á esta coplita:

Poco manjar y ninguna
Espirituosa bebida,
Si la lujuria no apagan,
A lo ménos la mitigan.

La cuarta y última consideracion que se debia tener, era que los bailes durasen cuando mas hasta las doce de la noche. Esta es una hora mas que regular para irse á recoger cada uno á su casa bas-

tante divertido, si es racional; porque lo que pasa de esa hora ya no debe llamarse diversion, sino vicio, incomodidad y tontería.

A solas estas cuatro reglillas quisiera yo que se sujetaran los que dan un baile, y me parece [bien que no lo aseguro] que no se arrepentirian de su observancia.

Ultimamente, yo no declamo contra los bailes, sino contra los escándalos de los bailes. Quítese de ellos todo lo que los hace pecaminosos y peligrosos, y dejándolos en una clase de diversion indiferente, ellos serán malos para quien quiera ser malo en ellos, y serán honestos para el honesto; pero miéntras así no se haga, el baile, sea por sus abusos, sea por su ocasion, no podrá librarse de la definicion de un padre de la Iglesia, que dice: que *el baile es un círculo, cuyo centro es el demonio*.

Bailar no es malo: lo malo es el modo con que se baila, y el objeto porque se baila. David bailó delante del arca del Señor, y los israelitas delante del becerro de Belial. Todos bailaron; pero ¡con qué diverso modo, y con qué diverso objeto! Por eso tambien fueron diversas las retribuciones.

Hay moralistas tan austeros, que no consideraban baile sin ocasion próxima voluntaria; y segun esto, no juzga licito ninguno. Yo, despues de respetar su opinion, no me conformo con ella. Soy más indulgente, y digo que puede haber, y de hecho habrá, no siendo como los que se usan, algunos bailes donde falten estas ocasiones, estos escándalos, cantares lascivos, manoseos, embriagueces y demas abusos que se notan en los mas de ellos. ¿Y cuales serán estos? Los que se debieran usar entre gente de buena conciencia.

Si todos los concurrentes lo son, el baile será una diversion honesta. La dificultad estriba en que se dé un baile con tanto arreglo.

Dejando á todos que hagan lo que quieran en sus casas, volviendo á la mia, digo: que ya fatigados de saltar, beber y charlar, se fueron poniendo en quietud á más no poder, porque los mas no se podian tener en pié.

Los músicos arrumbaron sus instrumentos junto á las sillas y ellos se acostaron en ellas lo mejor que pudieron: las mujeres se amontonaron en el estrado, y los hombres se pusieron á contar cuentos y á hablar ociosidades para no dormirse, pues no tardaba en amanecer, como deseaban, para irse á tomar café.

Las disposiciones no eran muy malas; pero ellos ni ellas eran dueños de sí, sino el aguardiente que los narcotizaba mas y mas á cada minuto.

Con esto, unos hablando y otros oyendo simplezas, se fueron quedando dormidos unos por un lado y otros por otro, siendo de los primeros Enero.

La señora mi madre ya se habia recogido bien temprano encargándome que cuidara la casa, como lo hice, pues aunque tenia sueño como el mejor, no me atreví á dormir temeroso de que no se fuera alguno á llevar alguna cosa. Es un demonio el interes. En el estado de la salud pocas cosas desvelan á los hombres mas que él.

Alerta estaba yo velando á todos y oyéndolos roncar y vaciar el estómago cual mas cual menos. No me era muy grata esta música ni estos colores; y á mas de eso, ya no podia sufrir el sueño.

Es verdad que el zaguán estaba cerrado y yo tenia la llave, por lo que bien me podia haber acostado; pero me detenia el considerar que en casa no habia mas que mi madre, yo y una criada buena, pero vieja y dormilona, que no madrugaba si el mundo se volcara de arriba á bajo. Mi madre no era justo que se levantara á abrir á aquellos bribones á la hora que á cada uno se le quitara la borrachera y quisiera marcharse para la calle, y así no habia otro centinela mas que yo; que para no dormirme me puse á divertir con los dormidos á mi entera satisfaccion, como que sabia que dormian, los mas, con dos sueños, el natural y el del aguardiente.

Uno de los perjuicios que la embriaguez acarrea al que la tiene, es esponerlo á la irricion de cualquiera, como les sucedió á éstos conmigo; pues á unos les tizné las caras, á otros les escondí varias cosas,

á otros los cosí unos con otros, y á todos les hice mil maldades.

Amaneció el dia, corrió el ambiente fresco, abrí el balcon, y á vista de la luz, y al sonido de las campanas y del ruido de la gente que andaba por las calles, fueron despertando; y mirándose unos á otros las caras llenas de jazpes y labores, no podian contener la risa, especialmente las mujeres, las que lo mismo fué levantarse que oír, con dolor de su corazon, tronar sus vestidos y aun verlos hechos pedazos.

Unas disimulaban su pesar, mas otras renegaban del pícaro ocioso que las habia inferido tal daño, que ciertamente lo era; pero los tunantes como yo, no reparan en eso: el caso es divertirse á costa ajena, y como esto se logre, nada les imperta hacer una maldad que perjudique el interes y aun la salud de los demas.

Pasado el primer fervor del enojo, limpiás unas, remendadas otras y todos mas serenos, se marcharon para el café ó sus casas, menos Enero y tres ó cuatro amigos suyos y míos, que como más gorrones y sinvergüenzas, se quedaron hasta apurar exel almuerzo las reliquias del dia anterior; pero por fin almorzaron, y viendo que ya no quedaba mas que repelar de la fiesta, se fueron á la calle y yo á mi cama.

Dormí como un podenco hasta las doce del dia, á cuya hora me levanté y hallé á la pobre vieja cocinera hecha un Bernardo contra los bailadores. Señora, decia á mi madre, nó es ¿brava sinrazón la de estos perdularios, que despues de haber tragado y divertídose todo el dia, pusieran la casa como la han puesto? Mire vd. señora, todo el dia se me ha ido en limpiar sus porquerías; porque ¡Jesus! ¡cómo estaba todo! era un asco. Un vómito por el corredor, una suciedad por la escalera, otra por otro lado: hasta la sala, señora, hasta la sala estaba hecha una zahurda. ¡Ah, fú! ¡qué gente tan sucia y tan grosera! Però lo que yo mas he sentido, señora, han sido las macestas. Mire su merced cómo las han puesto. Todas están destrozadas. ¡Ay, qué gentes van á los bailes de tan mal natural, que no conten-

tas con tragar, divertirse, emborracharse y emporcar la casa, todavía hacen mil maldades como esta.

Mi madre consoló á la viejecita diciéndole: dice vd. bien, nana Felipa, son unos pícaros, indecentes, groseros y malerizados los que hacen tanto mal en las mismas casas en que se divierten; pero ya por ahora, no hay remedio. Ya vd. sabe que mi marido no era amigo de estas jaranas, y así yo no tenia esperiencia de semejantes groserías; pero le empeño á vd. mi palabra, en que será la primera y última.

No me gustó mucho esta sentencia, porque como ni yo gastaba el dinero, ni trabajaba en nada de la funcion, hubiera querido que siguieran los bailecitos en mi casa, á lo menos tres veces á la semana.

Sin embargo, no me metí por entonces en otra cosa mas que en reirme de la vieja, y á la tarde á buena hora tomé mi sombrero y me salí para la calle.

Volví por la primera á las nueve de la noche, y hallé á mi madre algo seria, pues me dijo: ¿que dónde habia estado? Que estrañaba en mí tanta licencia: que yo era su hijo, y que no pensara que porque habia muerto mi padre ya era yo dueño absoluto de mi libertad, y otras cosas á este modo, á las que respondí que ya ese tiempo se habia acabado: que ya yo no era muchacho: que ya me razuraba, y que si salia y me detenia en la calle, era para ver de qué cosa nos habiamos de mantener.

Semejantes respostadas entristecieron á mi madre bastante, y desde luego conoció lo que iba á suceder, que fué quitarme la máscara y perderla el respeto enteramente, como sucedió.

Quisiera pasar este poco tiempo de maldades en silencio, y que siempre ignorarais, hijos míos, hasta donde puede llegar la procacidad de un hijo insolente y malerizado; pero como trato de presentaros un espejo fiel en que veais la virtud y el vicio segun es, no debo disimularos cosa alguna.

Hoy sois mis hijos, y no pasais de unos muchachos juguetones; pero mañana sereis hombres y padres de familia, y entonces la lectura de mi vida os enseñará cómo os debeis manejar con vuestros hijos, para no tener que sufrirles lo que mi pobre madre tuvo que sufrirme á mí.

Dos años sobrevió mi madre á la muerte de mi amado padre, y fué mucho, segun las pesadumbres que le dí en ese tiempo, y de que me arrepiento cada vez que me acuerdo.

Constantemente disipado, vago y mal entretenido, no pensando sino en el baile, en el juego, en las mujeres, y en todo cuanto directamente propendia á viciar mis costumbres mas y mas.

El dinerito que habia en casa no bastaba á cumplir mis deseos. Pronto concluyó. Nos vimos reducidos á mudarnos á una viviendita de casa de vecindad; pero como ni aun ésta se pudo pagar, á pocos días puse á mi madre en un cuarto bajo é indecente, lo que sintió sobremanera, como que no estaba acostumbrada á semejante trato.

La pobre de su merced me reprendia mis estravíos; me hacia ver que ellos eran la causa del triste estado á que nos veiamos reducidos: me daba mil consejos persuadiéndome á que me dedicara á alguna cosa útil, que me confesara y que abandonara aquellos amigos que me habian sido tan perjudiciales, y que quizá me pondrian en los umbrales de mi última perdicion. En fin la infeliz señora hacia todo lo que podia para que yo reflexionara sobre mí; pero ya era tarde.

El vicio habia hecho callos en mi corazon: sus raíces estaban muy profundas y no hacian mella en él ni los consejos sólidos, ni las reprensiones suaves, ni las ásperas. Todo lo escuchaba violento y lo despreciaba pertinaz. Si me exhortaba á la virtud, me reia; y si me afeaba mis vicios, me exasperaba; y no solo, sino que entonces le faltaba al respeto con unas respuestas indignas de un hijo cristia-

no y bien nacido, haciendo llorar sin consuelo á mi pobre madre en estas ocasiones.

¡Ah, lágrimas de mi madre, vertidas por su culpa y por la mía! Si á los principios, si en mi infancia, si cuando yo no era dueño absoluto de los resabios de mis pasiones, me hubiera corregido los primeros ímpetus de ellas, y no me hubiera lisonjeado con sus mismos consentimientos y cariños, seguramente me hubiera acostumbrado á obedecerla y respetarla; pero fué todo lo contrario: ella celebraba mis primeros deslices y aun los disculpaba con la edad, sin acordarse que el vicio tambien tiene su infancia en lo moral, su consistencia y su senectud lo mismo que el hombre en lo físico. El comienza siendo niño ó trivial, crece con la costumbre y fenece con el hombre, ó llega á su decrepitud cuando al mismo hombre en fuerza de los años se le amortiguan las pasiones.

¿Qué provecho no hubiera resultado á mi madre y á mí, si no se hubiera opuesto tantas veces á los designios de mi padre, si no le hubiera embarazado castigarme, y si no me hubiera chiqueado tanto con su imprudente amor? ¡Ah! yo me habria acostumbrado á respetarla, me hubiera criado timorato y arreglado, y bajo este sistema, no hubiera yo padecido tantos trabajos en el mundo, ni mi madre hubiera sido víctima de mis desobediencias y vilipendios.

Lo mas sensible es que este funesto caso no carece de ejemplares. Hijos de viudas consentidoras, casi siempre son hijos perdidos y malcriados; y madres de semejantes hijos ¿qué han de ser sino unas mujeres desgraciadas?

Sucede por lo comun que el padre es un hombre regular que procura inspirar al niño unos sentimientos cristianos, morales y políticos y segun ellos desviarle de todas aquellas bajezas á que el hombre se inclina naturalmente. Esto hace llorar al niño, y la madre se aflige y lo embaraza. Hace alguna travesura, se le celebra; usa alguna mala crianza, se le disculpa; produce algunas palabras indecentes, ó porque las oyó á los criados, ó en la calle, y se festejan: el padre se

tuesta de estas cosas, y teme empeñarse y reprenderlas y castigarlas al hijo; porque cuando lo hace, sabe que salta la madre como una leona; y ya sea porque la ama demasiado, ya porque no se vuelva aquel matrimonio un infierno, condesciende con ella, no se castiga el delito del muchacho, éste se queda riendo y satisfecho en la impunidad que le asegura su mamá, dá rienda á sus vicios, que entonces como dijimos, son vicios niños, puerilidades, frioleras, pero en la edad adulta son crímenes y delitos escandalosos.

Sin embargo, rara vez deja de servir de cierto freno la presencia del padre; pero si éste muere, todo se acaba de perder. Roto el único dique que habia, aunque debil, se sale de caja el rio de las pasiones, atropellando con cuanto se pone por delante.

Entonces la viuda reconoce lo feroz de un corazon entregado á la libertad, quiere oponerse por la primera vez, pero es tarde: el torrente es impetuoso, y sus fuerzas incapaces de contenerlo. Prueba los consejos, emplea las caricias, compila las reprensiones, tienta las amenazas, agota las lágrimas, solicita castigos y acaso desesperada, prorrumpe en maldiciones contra su hijo [1]; mas nada basta. El jóven endurecido, obstinado y acostumbrado á no obedecer ni respetar á su madre, desprecia los consejos, se mofa de las caricias, burla las reprensiones, se rie de las amenazas, se divierte con las lágrimas, elude los castigos y retorna las imprecaciones con otras tales, si no se desacata, como se ha visto, á poner sus viles manos en la persona de su madre (2).

Toda esta lastimosa catástrofe se escusaría con educar bien y escrupulosamente á los niños. ¿Y á cuántos puntos se pueden reducir las principales obligaciones de los padres acerca de la buena educacion de sus hijos? A tres, en sentir de un varon apostólico que floreció en México (3). A saber: á enseñarles lo que deben saber, á cor-

(1) Muchas veces se han visto cumplidas estas maldiciones. Los hijos deben guardarse de merecerlas y los padres de proferirlas. Todo es malo.

(2) Crimen atroz, pero que no carece de ejemplares.

(3) El padre Juan Martínez de la Parra, de la Compañía de Jesús.

regirles lo mal que hacen, y á darles buen ejemplo. Tres cosas muy fáciles al decirse, pero muy difíciles al practicarse, atendiendo la multitud de hijos mal criados y llenos de vicios que notamos; mas no porque sean difíciles de observarse, porque el yugo del Señor es suave; sino porque los tales padres y madres, ni remotamente se aplican á practicar los tres preceptos insinuados, antes parece que al propósito se desvian de ellos cuanto pueden.

Si es en la instruccion, se contentan con darles la muy superficial por medio de unos maestros ó ayos mercenarios [1], que acaso, vienedo el chiqueo de los padres, no tratan mas que de lisonjear al pupilo con harto daño de él y de sus conciencias.

Si es en la correccion, ya hemos dicho el abandono de estos padres, y especialmente de las madres.

Ultimamente, si es en el ejemplo, ¿cuál es el ordinario que ven los hijos en sus casas? Lujo en las personas, excesos en la mesa, orgullo con los criados, altanería y desprecio con los pobres.

Esto es, cuando menos, que cuando mas, ya se sabe lo que ven y oyen los niños en muchas casas. Y siendo el ejemplo el aliciente mas poderoso para formar bien ó mal el corazon del niño en aquella

[1] Hablamos aquí de los padres decentes y bien nacidos que obran de este modo, no de la gente vulgar que no abriga ningunos sentimientos regulares; pues á estos no los corrige la critica ni la persuacion. Estos bárbaros que llevan al hijo á que los cuide cuando el aguardiente los arroja por las calles; otros que los llevan al juego, y aun juegan con ellos; otros en cuyas pocilgas jamás se oyen sino maldiciones, juramentos, riñas y obscenidades, etc., éstos no solono pueden dar á sus hijos buena educacion ni buen ejemplo, porque son unos brutos racionales, sino que por esta misma razon, siempre los imbuyen en sus errores y preocupaciones, y con sus perversos ejemplos les forman un corazon de demonios. Esta es una triste verdad, pero verdad que si se quisiera desmentir, hablarán en su favor las pulquerías; tabernas, billaritos, cárceles y calles de esta ciudad, que no están llenas de otra polilla que de estos haraganes y viciosos. ¿Qué cosa tan grande fuera el hacerlos útiles al estado y á sí mismos! ¿Qué providencias mas conducentes para el caso, que encargarse de sus hijos, proporcionándoles por amor y por fuerza la buena educacion? ¿Y qué arbitrio, á mí parecer, mas fácil para ello que el proyecto de las escuelas gratuitas que propuse en el tomo tercero de mi Pensador mexicano núms. 7, 8 y 9? Yo aseguro que practicado en todas sus partes, dentro de diez años nuestra plebe no fuera tan necia, viciosa é inútil como hoy. Esto seria hacer de las piedras hijos de Abraham.

edad, ¿cómo será éste con tales ejemplos? Los resultados nos lo dicen: niño engreido, grande soberbio: niño consentido, grande nécio: niño abandonado, grande perdido, y así lo demás.

Todo esto se remediaba con la buena educacion y ésta desde temprano. El consejo es del Espíritu Santo, que dice: *tienes hijos instrúyelos desde su niñez*; (Eecl. cap. 7). El árbol se ha de enderezar cuando es vara, no cuando se robustece y es tronco. Los médicos dicen que los remedios se deben aplicar al principio de las enfermedades, antes que tomen cuerpo, antes que se vicie toda la sangre y corrompa los humores. Los diestros cirujanos componen el hueso luego que se disloca, y lo entablan luego que advierten la fractura, porque si no cria *babilla* y se imposibilita la cura.

Así, ni mas ni menos, debe ser la educacion de los niños desde pequeños, antes que sean troncos. Se han de corregir sus deslices luego que se les noten, porque si no crian *babilla*.

Estas verdades son mas claras que el agua, mas repetidas que los dias, no hay quien diga que las ignora; y con todo eso no se ven sino muchachos malcriados y nécios, que despues son unos hombres vagos, viciosos y perdidos.

Esto no puede estar en otra cosa, sino en que obramos contra lo mismo que sabemos. Consentimos á los muchachos por serlo y por tenerlos demasiado amor: ellos cuando jóvenes nos llenan de pesadumbres y disgustos, y entonces son los ojalás y los malhayas, pero sin fruto.

¿Cuánto mejor y mas facil no es domar al caballo de potro que de viejo? Tienen los padres un freno y un azicate muy oportuno para el caso, y que sabiéndolos manejar con prudencia, es casi imposible que deje de producir buenos efectos. El freno es la ley evangélica bien inspirada, y el acicate el buen ejemplo practicado constantemente.

Los campistas de nuestra tierra dicen, que el mejor caballo necesita las espuelas; así podemos decir, que el niño mas dócil y el me

por natural, ha menester observar buenos ejemplos para formar su corazón en la sana moral, y no corromperse. Esta es la escuela mas eficaz para que los niños no se extravíen.

El buen ejemplo mueve mas que los consejos, las insinuaciones, los sermones y los libros. Todo esto es bueno, pero por fin son palabras que casi siempre se las lleva el viento. La doctrina que entra por los ojos, se imprime mejor que la que entra por los oídos. Los brutos no hablan, y sin embargo, enseñan á sus hijos; y aun á los racionales con su ejemplo. Tanta es su fuerza.

No hay que admirarse de que el hijo del borracho sea borracho: el del jugador, taur: el del altivo, altivo, etc., etc.; porque si eso aprendió de sus padres, no es maravilla que haga lo que vio hacer. *El hijo del gato caza raton*, dice el refran.

Lo que sí es maravilla, ó por mejor decir, cosa de risa, es que como apunté poco há, cuando el hijo ó hija son grandes, y grandes pícaros; cuando cometen grandes delitos y dan grandes disgustos, entonces los padres y las madres se hacen de las nuevas y exclaman: ¡quién lo pensara de mi hijo! ¡Quién lo creyera de fulana! ¡Tontos! ¡Quién lo ha de creer, quién lo ha de pensar? Todo el mundo; por que todo el mundo ha visto cuál ha sido vuestro modo de criarlos. El milagro fuera que educándolos bien y dándoles buenos ejemplos, ellos salieran indóceles y perversos; pero que salgan malos cuando la doctrina que han mamado ha sido ninguna, y los ejemplos que han visto han sido pésimos, es una cosa muy natural; porque todos los efectos corresponden á sus causas. ¿Quién se ha admirado hasta hoy de que un poco de algodón arda si se aplica al fuego? ¿Ni que se manche un pliego de papel si se mete en una olla de tinta? Nadie, porque todos saben que es propio del fuego quemar lo combustible, y de la tinta, teñir lo susceptible de su color. Pues tan natural así es, que los niños ardan con la mala educacion y se contaminen con los malos ejemplos. Lo que importa es no darles una ni otros.

Por esto entre los lacedemonios se acostumbraba castigar en los

padres los delitos de los hijos, disculpando en ellos la falta de advertencia, y acriminando en aquellos la malicia ó la indolencia.

Wenceslao y Boleslao, príncipes de Bohemia, fueron hermanos, hijos de una madre: el primero fué un santo, á quien veneramos en los altares, y el segundo un tirano cruel que quitó la vida á su mismo hermano. Distintos naturales, distintas suertes; pero ¿á que se atribuirán sino á las distintas educaciones? Al primero lo educó su abuela Ludmila, mujer piadosísima y santa, y al segundo, su madre Draomira, mujer loca, infame y torpísima. ¡Tal es la fuerza de la buena ó mala educacion en los primeros años!

Cuando ponderamos lo mal que hacen los padres cuando faltan á las obligaciones que tienen contraídas respecto de los hijos, no disculpamos á estos de sus desacatos é inobediencias. Unos y otros hacen mal, y unos y otros trastornan el orden natural, infringen la ley y perjudican las sociedades en que viven; y no enmendándose, unos y otros se condenan, pues como se lee en los sagrados libros (1); los hijos recojen la leña y los padres encienden el fuego.

Es verdad que Dios dice que *el hijo malcriado será el oprobio y la confusion de sus padres*; pero tambien están llenas de anatemas las divinas letras contra tales hijos. Oid algunas que constan en los Proverbios y en el Eclesiastico. *Se extinguirá la vida del que maldice á su padre, y pronto quedará entre las tinieblas del sepulcro. Mala será la fama, ó se verá deshonrado el que menosprecia á su madre. El que aflige á su padre ó huye de su madre, será ignominioso é infeliz. La maldicion de ésta destruye hasta los cimientos de la casa de los malos hijos, y por último: Devoren los cuervos carniceros el cadáver, y sáquenle los ojos al que se atreve á burlarse de su padre.*

Horrorizan estas maldiciones; pero y qué ¡habrá hijos tan inícuos, ingratos y desalmados, que las merezcan? Esto mismo dudó Solón, y por eso cuando dió leyes á los atenienses y les señaló castigo á to-

[1] Jerem. 7, v. 18.

dos los delitos, no lo señaló al hijo ingrato y parricida (1), diciendo que no se persuadia pudiera haber tales hijos. ¡Ah! nosotros no podemos fingirnos esta duda, porque vemos mil hijos que ni merecen este nombre, segun son de perversos é ingratos con sus padres.

Por el contrario, prodiga Dios las bendiciones de los hijos buenos, amantes y obedientes á sus generadores. Dice, *que vivirán largo tiempo sobre la tierra: que la bendicion del padre afirma las casas de los hijos*, esto es, su felicidad temporal. *Que de la honra que tributare al padre, resultará la gloria del hijo ó su buen nombre. Que el Señor se acordará del buen hijo en el día de su tribulacion: que atenderá sus oraciones: que les perdonará sus pecados; y en fin, que les acompañará la bendicion de Dios eternamente.*

Es tan justo, debido y natural el amor, respeto y gratitud que los hijos deben á los padres, que los mismos paganos que no conocieron al verdadero Dios, ni se impusieron en sus bendiciones y amenazas, nos lo dejaron recomendado, no solo con sus plumas, sino con sus obras.

¡Qué amor el de aquella jóven romana, que estando su padre preso y sentenciado á morir de hambre, se dió arbitrio para alimentarlo por una rendija de la puerta de la cárcel! Y ¿con qué? Con la leche de sus pechos. Accion tan tierna que sabida por los jueces, le grangeó el indulto al infeliz anciano.

¡Qué respeto el de aquellos dos nobles hijos Cleoves y Vitón, que faltando los caballos, ellos tiraron la carroza y condujeron hasta las puertas del templo á su madre la sacerdotiza! Accion que elogió Ciceron, y la aplaudieron tanto los romanos que veneraron como á dioses á aquellos dos tan reverentes hijos.

¡Qué piedad la de Eneas, que ardiendo la ciudad de Troya en la noche fatal de su estermínio, cuando todo era espanto, terror y confusion, y no tratando todos sino de librarse de la muerte, él corre

[1] Para el caso lo mismo es matarlos á pesadumbres, que con veneno ó puñal. Todo es quitarles la vida.

donde estaba su viejo padre Anchises, lo pone sobre sus hombros, vuela con él por entre las llamas, y le asegura la vida diciéndole:

Ea, ven á mi cerviz, que yo en mis hombros

Te tengo de librar, oh padre amado,

Sin que tan dulce carga en ningun tiempo

Me agrave ni la estime por trabajo.

Sea despues lo que fuere, que hora el riesgo

O la dicha será comun á entrambos.—Virg. En. 2.

Estos heroicos ejemplos, ¿no embelesan, no encantan, no enternecen á los buenos hijos? Y á los malos ¿No los avergüenzan y confunden? Estas brillantes acciones no fueron hechas por unos santos cristianos, ni por unos anacoretas del Yermo, sino por unos gentiles, por unos paganos que no gozaron la luz del Evangelio, ni tuvieron noticia de sus infalibles promesas, y sin embargo, amaban, veneraban y socorrian á sus padres hasta el extremo que habeis visto, sin más guia que la naturaleza, y sin más interés que la complacencia interior, que es uno de los frutos de la virtud.

Pero los malos hijos no sólo no veneran á sus padres, sino que los insultan, y lejos de considerarlos y alimentarlos, les disipan cuanto tienen y les dejan perecer en la miseria. ¡Ay de tales hijos! y ¡ay de mí! que fuí uno de ellos, y á fuerza de disgustos y sinsabores dí con mi pobre madre en la sepultura, como lo vereis en el capítulo primero del tomo que sigue.

FIN DEL TOMO PRIMERO.